



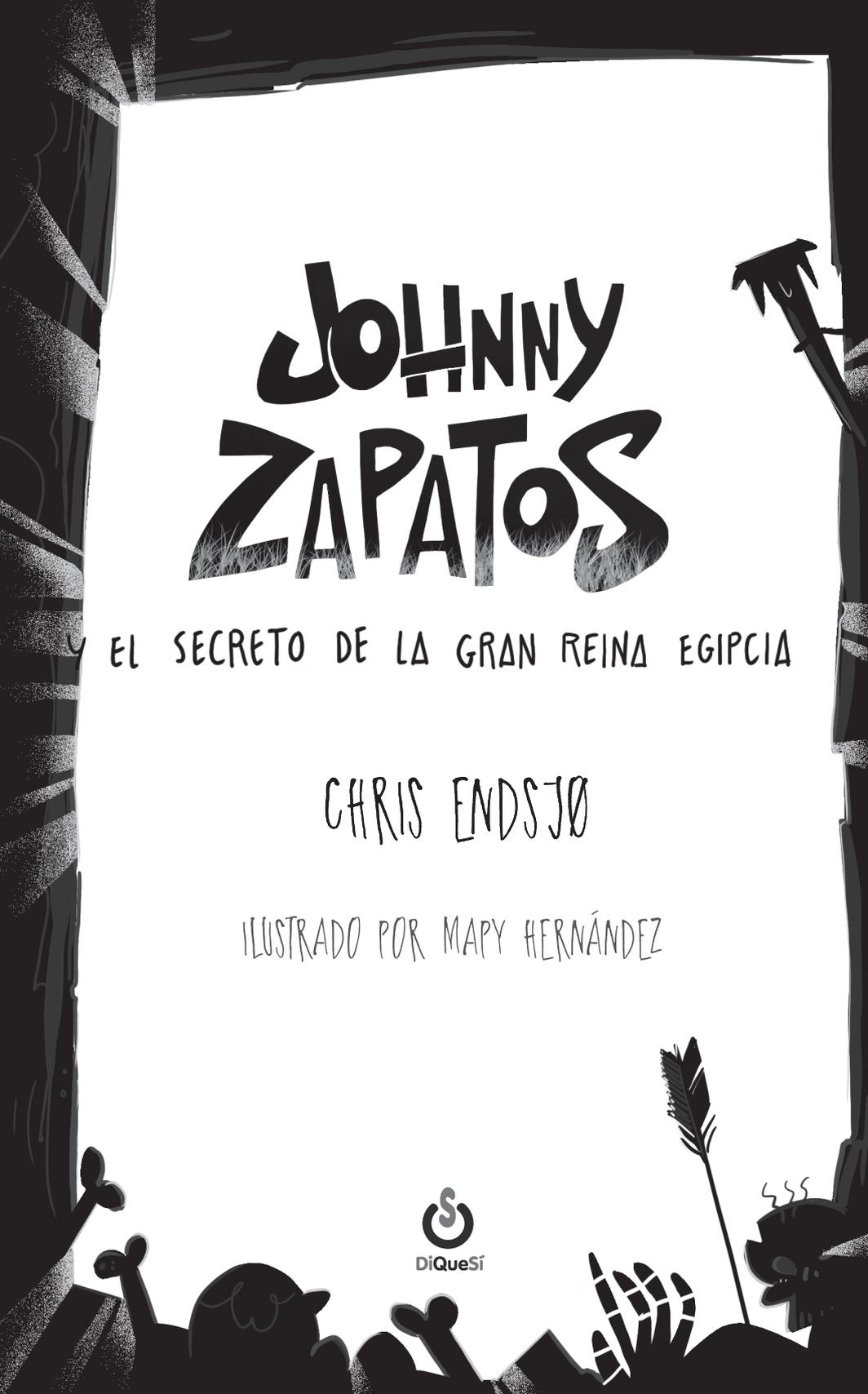


JOHNNY ZAPATOS

Y EL SECRETO DE LA GRAN REINA EGIPCIA

CHRIS ENDSJØ

ILUSTRADO POR MAPY HERNÁNDEZ





© del texto, Chris Endsjø

© de las ilustraciones, Mapy Hernández

Dirección editorial: María J. Gómez

Diseño y edición: Estelle Talavera



DiQueSí

© Ediciones DiQueSí

28022-Madrid

www.edicionesdiquesi.com

novedad@edicionesdiquesi.com

ISBN: 978-84-125013-3-9

Depósito Legal: M-27167-2022

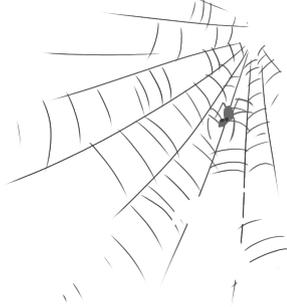
© Todos los derechos reservados

1ª Edición: Madrid, 2022

Impreso en España por Estilo Estugraf, S.L.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).



JOHNNY ZAPATOS

Y EL SECRETO DE LA GRAN REINA EGIPCIA

«Bello su rostro, resplandeciente bajo su doble pluma, señora del Alto y Bajo Egipto, esposa del rey, su amada Nefertiti».

Akenatón (Amenofis IV), rey de Egipto, año 1370 a. C.





PRÓLOGO

ABRÍ LOS OJOS SOBRESALTADO. La oscuridad era total y absoluta. Por un momento pensé que me había despertado en mi habitación en mitad de la noche, pero el intenso frío y el olor a cerrado, como el del viejo ático de la casa de mis abuelos, no tenía nada que ver con el calor perfumado del edredón de mi cama.

Un terrible presentimiento me subió por el estómago, pasando por el pecho y agarrándome de la garganta reseca, como si estuviera descendiendo en una piscina helada en mitad del invierno.

De pronto lo recordé todo.

—¡Alexa!

Un ataque de tos me dobló en dos y traté de contener unas arcadas.

De rodillas y con la frente pegada al suelo, débil y desorientado, saqué fuerzas de flaqueza.

No sabía dónde estaba mi hermana.

Tenía que encontrarla.

LIBRO I



MUSEO
ARQUEOLÓGICO
DE MADRID





CAPÍTULO 1

MI TÍA NOS HABÍA DEJADO A MI HERMANA Alexa y a mí en la puerta del Museo Arqueológico Nacional, donde había trabajado nuestro padre hasta el día del accidente.

Esa noche era la gran fiesta de inauguración de la exposición en la que había estado trabajando mi padre desde que nos vinimos a vivir a España. Y los Montemolín, que eran los mecenas del museo, nos habían invitado como agradecimiento a toda la dedicación de papá al proyecto, tanto aquí en Madrid como en los interminables viajes a Egipto y Sudán.

Se supone que yo tenía que estar agradecido y sentirme halagado por la invitación, pero no me gustaban nada los Montemolín. No me gustaba el señor Montemolín por haberme robado a mi padre, pero aún menos me gustaba su hijo, el imbécil de Gustavo, que me había hecho la vida imposible desde que entré en ese insoportable centro para niños mimados.

El colegio era una de las bonificaciones que le habían ofrecido a nuestro progenitor para convencerle de aceptar el trabajo y venirnos todos a España; además del inmenso apartamento junto al museo, pagarían uno de los centros escolares privados más exclusivos y reconocidos de Madrid para Alexa y para mí.

Pero el problema es que en ese lugar estaban también Gustavo Montemolín y sus amigos.

Desde el primer día la tomaron conmigo, mofándose de mi acento americano y cambiándome de nombre: de John Shoes al ridículo mote de **JOHNNY ZAPATOS**. ¡Qué ingenioso! Me sorprende que no hubiera sufrido una apoplejía de tanto estrujarse el cerebro pensando en el mote...

Le habría dicho un par de cositas hace ya mucho tiempo, si no fuera porque podía haber puesto el trabajo de mi padre en peligro y estropeado su sueño de encontrar la enigmática gran reina egipcia. Así que, cada vez que Gustavo y su pandilla de malos la tomaban conmigo, apretaba mucho los puños hasta clavarme las uñas en las palmas, me mordía el labio y me daba media vuelta, para mayor cachondeo de ellos.

—No podéis faltar a la inauguración —dijo mi tía—; tenéis que hacerlo por vuestro padre. Sabéis lo importante que habría sido esta exposición para él. La fiesta de esta noche es un reconocimiento al trabajo de una vida dedicada al estudio de la reina **Nefertiti** y al hallazgo de su tumba en Egipto.

—Si están tan agradecidos con papá y su trabajo, ¿por qué la exposición lleva solo el nombre de la familia Montemolín? —pregunté.

—Sabes muy bien que los Montemolín han sido muy generosos con el museo y con el trabajo de vuestro padre; si no hubiera sido por sus contribuciones, el sótano del museo seguiría siendo un almacén de cajas polvorientas y artículos viejos. Y la tumba de la reina **Nefertiti** y su tesoro seguirían enterrados bajo toneladas de piedra y arena en el desierto de Luxor, y posiblemente oculto otros tres mil años más.

—Y sin el trabajo de papá el museo no sería más que un edificio vacío sin nada que exponer, y los Montemolín no sabrían ni deletrear «**Nefertiti**» —interrumpí.

Había pasado casi un mes desde el accidente, y no había conseguido sobreponerme a la pérdida de mi padre. Alexa parecía que lo llevaba mucho mejor que yo. También es verdad que ella tenía solo 10 años, dos menos que yo, y dicen que los niños, cuanto más pequeños son, mejor sobrellevan estas situaciones duras.

Alexa, desde el momento del accidente, había decidido que quería ser arqueóloga, como papá. Siempre se quedaba con él, en el estudio, hasta que llegaba la hora de dormirse. Ahora devoraba todos los libros de historia y tantos documentos sobre exploraciones arqueológicas como era capaz de conseguir. Y no eran pocos; entre la extensa biblioteca de mi padre y los que conseguía en la Biblioteca Nacional que estaba a tan solo a una manzana y media de nuestra casa, tenía miles de libros a mano. Mi hermana era como una biblioteca andante. Creo que Amazon puso el nombre «Alexa» a su asistente virtual pensando en ella...

Yo, en cambio, lo llevaba bastante peor. No hablaba con nadie de cómo me sentía. Me mandaron a una sesión de terapia con un «especialista» —que no era más que un psiquiatra regordete con gafitas redondas y cara de susto—, pero me negué a que practicara en mí su brujería. Mi padre había desaparecido, y por mucho que me quisieran hacerme creer que había muerto, no iban a conseguirlo hasta que no encontrasen su cuerpo. Pero los Montemolín habían dejado de buscar. Después del accidente mandaron a un grupo de rescate para encontrarle, pero en menos de una semana ya estaban de vuelta con las manos vacías y dieron el caso por cerrado.

Cada vez que tenía que hablar de papá, se me formaba un nudo abrasador en la garganta, por eso prefería hacer como que se me había olvidado, y no hablaba de él.

Pero nada más lejos de la realidad. Le echaba terriblemente de menos.

Pensaba en él en todo momento. Siempre llevaba puesta su vieja gorra de béisbol de los Orioles, su equipo favorito, para recordar uno de los momentos más felices de mi vida: cuando fuimos él y yo solos a ver a los Orioles jugar contra los Yankees en el estadio de Baltimore.

Dos semanas después de ese partido, pusimos todas nuestras cosas en cajas y nos vinimos a vivir a España.

Dejamos atrás, en Estados Unidos, a mis abuelos y todos los recuerdos de mi infancia.

No estaba siendo justo con mi tía. Sabía que ella también sufría su pérdida, su único hermano, y aunque siempre



actuaba alegre, a veces la oía llorar sola en su habitación, cuando pensaba que Alexa y yo ya estábamos dormidos.

Pero no podía remediarlo, me sentía traicionado por ella y por todo el mundo por actuar como si papá nunca hubiera existido. Tenía una constante rabia en el pecho viendo a todo el mundo tan tranquilo, sin mover un dedo. ¿Qué hacíamos aquí en este apartamento de Madrid cuando debíamos estar en los desiertos de Egipto buscando a mi padre?

—¿Y por qué tenemos que ir nosotros y tú no? —pregunté a mi tía, aunque ya sabía la respuesta.

—John, tengo que ir a trabajar.

—Pero es viernes noche.

—Sabes bien que los viernes por la noche es cuando más me necesitan en el hospital. Tengo guardia cada viernes. Esto no es nada nuevo.

—Pues yo creo que lo deberías dejar —repliqué testarudo cuando frenó frente al museo y abrimos la puerta Alexa y yo para bajarnos.

—Ser enfermera es una vocación, John. Tienes que entenderlo. Hay gente que me necesita.

Miré a mi tía sintiendo otra vez el ardor en la garganta y la rabia subiéndome desde los pies.

—Pues ser tía es también una vocación, y tal vez los hijos de tu hermano también te necesitan —contesté, y cerré dando un portazo.

Cogí a Alexa de la mano y me dirigí a la entrada del museo con paso decidido, mostrando a mi tía, que seguro seguía mirando desde el coche, lo furioso que estaba.

—Eso no ha estado bien, Johnny —me dijo Alexa—. Sabes que también lo está pasando mal. Está haciendo todo lo que puede por nosotros. No es fácil para ella.

Yo no contesté. Sabía que tenía razón. Me odiaba a mí mismo por ser tan despiadadamente cruel con mi tía, pero había algo dentro de mí que me hacía pagar toda mi frustración con ella más que con nadie.

Subimos las escaleras del museo. Allí, a las puertas del gran edificio nos encontramos con los Montemolín, vestidos de gala, recibiendo a todos los invitados, esgrimiendo sus estudiadas sonrisas de plástico.

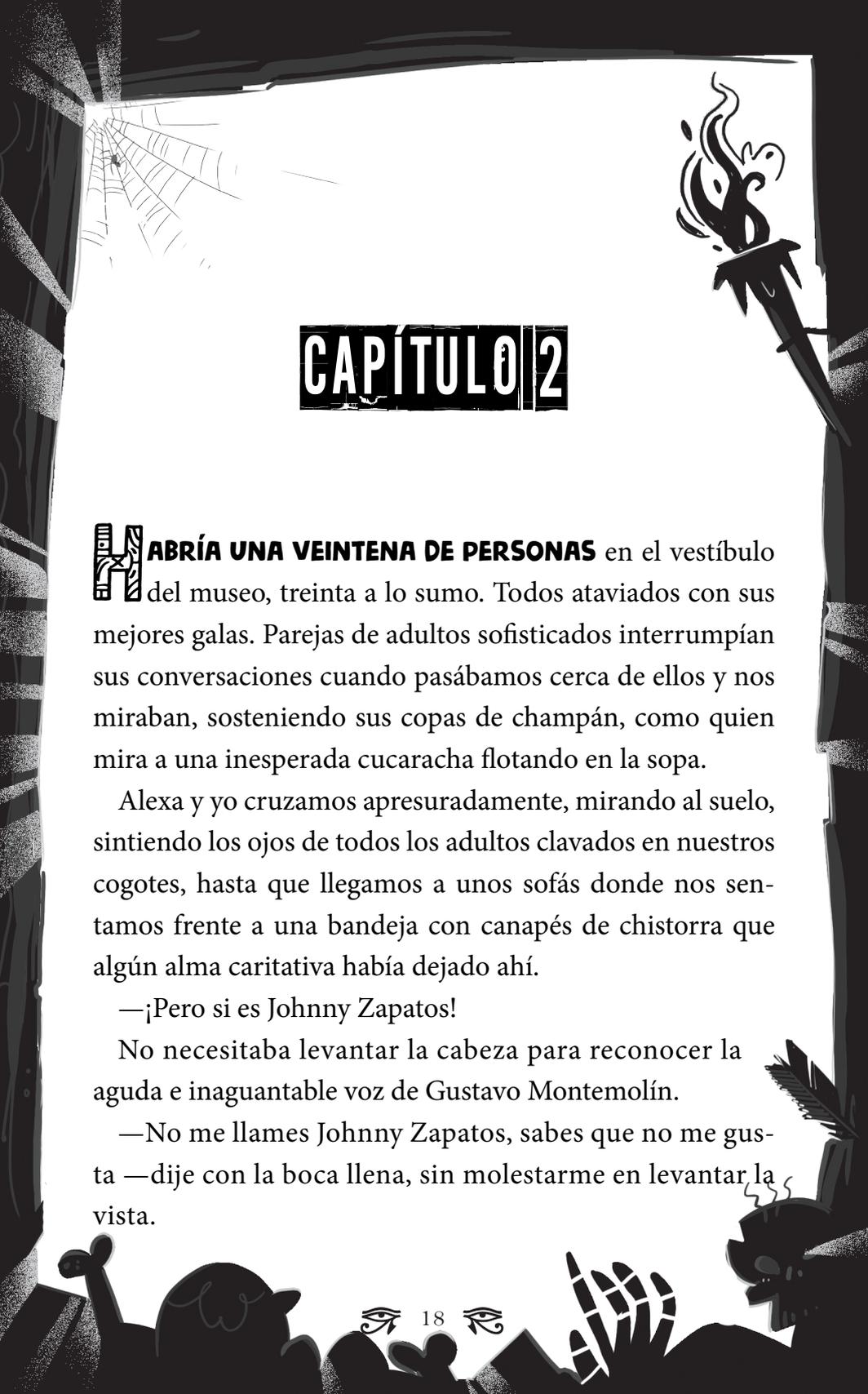
—¡Johnny! ¡Alexa! ¡Cuánto nos alegramos de que hayáis venido! Gustavo estará encantado de saber que ha llegado un amigo suyo.

«¡Fantástico!», pensé. «Ya lo que me faltaba».

—Por favor, entrad y tomaros un refresco antes de que empiece la presentación. Disfrutad.

Poco o nada podía imaginar lo que nos esperaba a mi hermana y a mí, aquella noche, al cruzar el umbral del museo.

Nuestras vidas iban a cambiar por completo.



CAPÍTULO 2

HABRÍA UNA VEINTENA DE PERSONAS en el vestíbulo del museo, treinta a lo sumo. Todos ataviados con sus mejores galas. Parejas de adultos sofisticados interrumpían sus conversaciones cuando pasábamos cerca de ellos y nos miraban, sosteniendo sus copas de champán, como quien mira a una inesperada cucaracha flotando en la sopa.

Alexa y yo cruzamos apresuradamente, mirando al suelo, sintiendo los ojos de todos los adultos clavados en nuestros cogotes, hasta que llegamos a unos sofás donde nos sentamos frente a una bandeja con canapés de chistorra que algún alma caritativa había dejado ahí.

—¡Pero si es Johnny Zapatos!

No necesitaba levantar la cabeza para reconocer la aguda e inaguantable voz de Gustavo Montemolín.

—No me llames Johnny Zapatos, sabes que no me gusta —dije con la boca llena, sin molestarme en levantar la vista.

—A mí me parece un mote muy chulo: Johnny Zapatos. Suena como el nombre de un gánster peligroso, o el de un superhéroe misterioso. Creo que es el primer mote que le oigo decir al idiota de mi hermano que me gusta.

Miré por fin, sorprendido con la inesperada intervención. Junto a Gustavo había una niña rubia y de ojos color miel. Me miraba con sonrisa franca y confiada.

—Hola, soy Laura. La hermana de este mentecato —me dijo tendiendo su mano.

Esta chica no podía ser la hermana de Gustavo. ¡Imposible! Era alegre, era simpática... ¡Era preciosa!

—Hola, yo soy Alexa —se presentó mi hermana, dando la mano a Laura. Luego se giró discretamente, echándome una mirada severa para que cerrase la boca y dejase de babear como un besugo.

—Vosotros debéis de ser los hijos del profesor Jack Shoes, ¡claro! Siento muchísimo lo del accidente. Mi padre le tenía en gran estima y hablaba de él con mucho respeto.

Siempre que alguien me hablaba de mi padre en tiempo pasado, me subía la sangre a la cabeza y sentía algo hervir en el estómago, y esta vez no fue una excepción.

Laura, que no sabía nada de mi padre ni de lo que le había ocurrido, estaba hablando de él en tiempo pasado, como si ya no existiera. Pero en este caso, al menos, logré contenerme. Su franca sonrisa y los hoyuelos que se formaban alrededor de su boca me ayudaron a relajarme y no la corregí, como siempre solía hacer cuando alguien hablaba de papá así.

—El nuevo profesor que le ha sustituido no me gusta nada. Dice mi padre que es una eminencia en egiptología, pero a mí no me gusta —dijo la hermana de Gustavo.

—¿Por qué? —se interesó Alexa.

—No lo sé, hay en él algo de lo que no me fío. Me da miedo. Parece más un rufián mercenario que un profesor preocupado en preservar la historia. —Y se giró hacia el vestíbulo—. Oh, parece que nos llaman. Creo que va a empezar. Ahora veréis a lo que me refiero, porque es el encargado de hacer la presentación de la exposición y quien nos acompañará en la visita guiada a la tumba.

—¿Visita guiada a la tumba? ¿Cómo es eso posible? —pregunté. Las tumbas egipcias están formadas de muchas salas y con pesadas piedras, cuando no están escarbadas en la roca de una montaña... Una tumba no es algo que puedas transportar tan pancho y presentar en cualquier parte del mundo, como si se tratase de una simple vasija de barro.

Gustavo soltó un vulgar resoplido, que era lo que él entendía por risa burlona. Conocía bien ese sonido, lo escuchaba casi a diario en clase cuando trataba de burlarse de cualquier alumno que no fuera de su grupito de matones.

—No es la tumba real, Zapatones —dijo, poniendo los ojos en blanco, dejando claro que mi pregunta era de una estupidez sin precedentes—. Es una réplica exacta, un trabajo hecho de una digitalización en 3D por un equipo de especialistas que trabaja para nosotros aquí, en el museo. No sé si en Estados Unidos tenéis técnicas tan avanzadas o si habéis oído hablar alguna vez de ellas, pero

entra y toma nota. Luego, cuando vuelvas a casa, podrás contarles a tus paisanos cómo hacemos las cosas aquí, en el viejo mundo.

No aguantaba a este presuntuoso fantasmón. Era el tipo más desagradable y fanfarrón con el que me había cruzado en mi vida, y cuando pensaba que no se podía ser más necio, siempre venía él y me sorprendía con algún nuevo comentario más insultante que el anterior.

—No hagas caso a Gustavo —dijo Laura cogiéndome del brazo y dirigiéndome hacia la sala donde iba a tener lugar la presentación—. Siempre le gusta hacerse el listillo. Ya le hizo esa misma pregunta a mi padre, y estaba incluso más sorprendido que tú al oír que la tumba no es más que una réplica de la original.

—¿No hay nada de la tumba original o de los objetos encontrados en la tumba de Egipto aquí expuestos? —preguntó Alexa sin poder esconder del todo la decepción en su voz.

—Sí, claro que sí. Todas las piezas expuestas son auténticas. Es solo la tumba en sí, es decir, las paredes, la piedra, las pinturas y los jeroglíficos que hay en ellas, los que son una réplica, pero las figuras, los jarrones, los utensilios y las joyas son todas auténticas.

—¿Es eso también una joya egipcia? —preguntó Alexa, apuntando con la cabeza al collar que colgaba del cuello de Laura.

—¿Esto? —dijo Laura cogiendo el collar con la palma de su mano—. Tienes buen ojo para las antigüedades, Alexa.

¿Cómo has sabido reconocerlo? No hay mucha gente que sepa identificar una pieza egipcia de la decimonovena dinastía.

Alexa y yo nos acercamos para poder mirar con más detalle la cadena de oro, de la que colgaba un ámbar del tamaño de una uva con un color miel brillante, suave y cálido, como los ojos de la portadora de la gema.

—Mirad, acercaos más. Lo especial de este ámbar es que tiene una abeja atrapada y preservada en perfecto estado desde hace más de 3.000 años.

—¿Cómo es posible? —pregunté tratando de aparentar interés en el collar y no solo en el bonito cuello del que colgaba.

—El ámbar se forma con la resina de algunos árboles. Al solidificarse, forma estas piedras semipreciosas —informó Alexa.

—¡Semipreciosas! A mí me parecen preciosas del todo... —exclamó Gustavo ofendido.

—No seas gañán, Gustavo —le corrigió su hermana—. El ámbar está catalogado en Geología dentro de las piedras semipreciosas. Piedras preciosas solo hay cuatro por su dureza, belleza y escasez. El ámbar no solo es mucho más abundante, además no es mineral, sino que proviene de una resina vegetal.

Alexa me echó una mirada significativa con el ámbar en su mano. Yo estaba abotargado y embebido con el olor penetrante que desprendía el pelo de Laura a tan poca distancia. Pero desperté del trance y enseguida adiviné lo que

Alexa estaba tratando de decirme con los ojos: el collar era exactamente igual que el que le regaló papá después de que descubriera y desenterrara la tumba de Neferneferura, una de las hijas de la gran reina **Nefertiti**. Pero el collar que encontró mi padre tenía un zafiro de un azul intenso —una de las cuatro piedras preciosas—, y no un ámbar, como el de Laura.

—La presentación está empezando. Entremos en la sala —interrumpió Gustavo.

